

La pelea contra el cáncer llena de obstáculos de María José Campomanes

María José Campomanes García superó un cáncer de mama y ahora sufre un tumor de ovarios. Desde hace unos días, recibe tratamiento paliativo en su casa de Oviedo. Su máximo objetivo se centra en celebrar el próximo día 13 su cumpleaños número 56, junto a sus dos hijos. Sin embargo, y pese a la cercanía de la fecha, reconoce con serenidad que tal vez no lo consiga. **Natural de Turón (Mieres)** y antigua trabajadora de un gimnasio de La Corredoria, disfrutó de buena salud hasta 2016. Desde entonces, su vida ha transcurrido entre consultas médicas, quirófanos y tratamientos. En esta búsqueda incesante de curación, se ha encontrado en situaciones que no consigue comprender, y que quiere compartir “con la única intención de ayudar” a quien pase por episodios similares. Este es el relato que ha escrito en el bloc de notas de su teléfono móvil, ante la imposibilidad de permanecer sentada ante la pantalla de su ordenador.

UNA OVETENSE QUE AFRONTA SUS ÚLTIMOS DÍAS DE VIDA OFRECE UN TESTIMONIO SOBRECOGEDOR PARA AYUDAR A OTROS ENFERMOS

“Me siento un montón de huesos al que no le dieron mucha importancia y nunca escucharon”

“Nací el 13 de septiembre de 1964 en Linares

(Turón). Mi propósito es sencillo: poder cumplir 56 años en condiciones más o menos óptimas. Tengo serias dudas de conseguirlo...

... Antes que nada, quiero advertir que el motivo de esta declaración no es denunciar a ninguna persona, profesional o institución en concreto. Soy consciente de las dificultades de lograr algo positivo con ello. Es difícil demostrar unas simples sospechas. Por eso no voy a dar nombres propios ni de personas ni de instituciones.

Tan solo pretendo contar mi experiencia en esta aventura, que ni busqué ni me gusta, con la única intención de ayudar a quien en algún momento pueda encontrarse en una situación similar.

Me considero metódica y responsable, y por ese motivo desde 1990, año en el que nació mi primera hija, acudí a revisiones anuales ginecológicas sin excepción, en una institución privada. Durante años, todo transcurrió con normalidad. No fumo, no bebo (antes alguna cerveza los viernes y por Navidad), nunca tuve sobrepeso, siempre hice ejercicio y físicamente todo el mundo decía que aparentaba diez años menos. En resumen: vida sana.

En marzo de 2016, en la revisión anual, optaron por repetir una mamografía por aumento de calcificaciones. Se repitió en octubre y deci-

dieron practicar biopsia. Resultado: cáncer de mama. Detectado muy a tiempo. Sin complicaciones. Cirugía conservadora con ganglio centinela, unas sesiones de radioterapia y en palabras de la cirujana: “Te vas a curar”. En esa situación, quieres creer, necesitas creer y, efectivamente, lo creí.

Pero yo tenía un problema añadido: desde septiembre no me encontraba nada bien. Tenía el abdomen muy hinchado día y noche, estreñimiento y síntomas de cistitis que, después de realizar un cultivo, dieron negativo. Comentado esto con el ginecólogo que me había asistido en mis dos partos y era mi médico desde entonces, decía que serían nervios por el problema con la mama, o gases o principios de menopausia. Pero en ningún momento se le ocurrió hacerme una exploración. Nunca entenderé la poca curiosidad y el poco afán de investigación de los médicos que lo saben todo sin mirar y al parecer no escuchan.

Gracias a que a mí sí me gusta saber e investigar, acudí a un urólogo, pues también tengo una piedra en el riñón. Este tuvo la buena idea de hacer una ecografía y con los resultados vino la pesadilla que está a punto de terminar con mi vida: cáncer de ovarios, estadio III.

El 28 de diciembre me dieron la noticia. ¡Menuda inocentada!

A partir de ahí me derivaron a la sanidad pública porque, además de la intervención, iba a necesitar sesiones de quimioterapia que mi seguro privado no cubría. Y ahí empezó la verdadera aventura por la supervivencia.

Me operan el 30 de enero de 2017. Al salir del quirófano, después de casi seis horas, mi familia

me dio la noticia. Tuvieron que ponerme una bolsa de colostomía, pues uno de los tumores estaba demasiado pegado a una parte del intestino grueso. Por supuesto, de esa posibilidad nadie me había hablado. Cuando recuperé totalmente la consciencia, me lo explicaron insistiendo en que una vez terminado el tratamiento de quimioterapia se podría revertir y recuperar el tránsito normal de las heces. Y a esa posibilidad me agarré.

La oncóloga me mandó a quirófano para quitarme la bolsa de colostomía, pero las ginecólogas determinaron que era inviable. ¿No habían hablado antes?

En marzo de 2017, comencé con la quimioterapia. Con esperanza y positividad. Pasando cada sesión cinco días tirada en la cama sin poder moverme del dolor. Es curioso que esos cinco días no fuesen inmediatos al tratamiento, sino dos días después. Luego supe que, durante la quimioterapia, también añadían unos fármacos que atenuaban los devastadores efectos secundarios, y nunca pude explicarme por qué no

me los administraban para los días siguientes, puesto que la medicación recetada para tomar en casa no servía de nada.

En palabras de la oncóloga, serían dos o tres días como si tuviese una gripe. Yo nunca pasé una gripe ni parecida siquiera a aquello. A eso habría que añadir la pérdida total del cabello, seguido por cejas y pestañas. Y con ello también perdí las ganas de verme en un espejo. Además de las náuseas, falta de apetito y cambio en el sabor hasta del agua. Pero intentas no darle demasiada importancia, son daños colaterales.

Mientras, me iba encontrando con algunas decepciones. Instituciones que supuestamente están para ayudar al enfermo de cáncer y en realidad están para hacer negocio del enfermo de cáncer y sus familiares. Todo se mueve a golpe de talonario. Podría entrar en detalles, pero me parece innecesario.

Después de seis sesiones de quimio pura y dura, cuando ya pensaba que había terminado, me dice la oncóloga que otras diez más de un solo componente de refuerzo, que es como de prevención. De eso nadie me había informado. Pero el pelo empezaría a salir. Así fue. Casi podía hacer vida normal. Si no fuera porque no acababa de dar con la marca de bolsa con la que no tuviese fugas. Salir de casa era una tortura con ese contratiempo. Por fin, después de un año, y gracias a la dedicación de la enfermera especializada en colostomía, dimos con la adecuada. Pero siempre con mi vista puesta en volver a operarme y restituir el tránsito.

En octubre de 2018 deciden hacer la operación de la mama. A estas alturas ya no había ni rastro de

cáncer en ella, la quimio había podido con él. Pero decidieron hacerlo para cerciorarse. Y así fue. Como anécdota, contaré que previamente pasas a medicina nuclear para poner unos marcadores que luego les guíen por las zonas afectadas. Allí me llevaron. Hicieron lo que tenían que hacer y allí se olvidaron de mí hasta casi dos horas después. Estaba acostada en una camilla sola en un cuarto, sin reloj ni nada. Estaba agotada, me dormí y no tuve noción del tiempo que había pasado. Pero por lo visto en quirófano llevaban esperando por mí todo ese tiempo y nadie sabía dónde estaba. No digo más.

La cirugía salió bien. Me pusieron diez sesiones de radioterapia por prevención. He de añadir que para las quemaduras que produce la radioterapia en la piel la sanidad pública no tiene nada. Si quieres algo, tienes que pagarlo por tu cuenta, y no es precisamente asequible.

Por fin terminé las sesiones de quimio y en Oncología me dan el alta. Más feliz no podía estar. Solo me quedaba otra intervención y mi vida sería como antes, aunque con muchas cicatrices más.

Ya tenía realizado el preoperatorio y era cuestión de esperar solo un poco más.

Pasado un mes, me llaman de Ginecología para revisión. En la analítica los marcadores tumorales habían subido. Deciden hacer un PET TAC y el cáncer había vuelto. Me dicen que se llama recidiva y que hay que poner más quimio. Me dicen que ya en la primera intervención habían quedado “unas celulitas sueltas”. Me dicen que ya me lo habían dicho, cosa que yo no recordaba. Y me dicen que se trata de cronificar la enfermedad sin decirme exactamente qué significa eso. Parece ser que daban por hecho que sabía tanto como ellas, cuando en realidad lo único que sabía era que la pesadilla no terminaba y lo que en realidad quería saber no me lo decían. Lo que quería saber era hasta cuándo tendría que seguir enlazando quimios. “Hay muchos tratamientos”, me comentaban. Y hasta ahí conseguía averiguar.

Volví a la consulta de la oncóloga bastante decepcionada. Esta vez iba a tener relativa suerte y no iba a perder el pelo, pero los efectos secundarios eran similares a la anterior. Ante mis dudas y mis preguntas, nunca encontraba una respuesta concreta. “Ya se verá”, “no te sé decir”, “a ver cómo evoluciona”. Y cuando pregunté qué podía hacer yo en cuestión de alimentación, por ejemplo, su contestación fue que eso de la alimentación eran tonterías y un negocio para los que escribían esos libros. Que lo mejor que hacía era olvidarme, ser feliz y algo de deporte.

Yo no discuto. Yo no me enfrente. Sé por experiencia que es perder el tiempo. Intento buscar soluciones, y si no las encuentro por un lado las busco por otro.

Mi preocupación era que, por

Pasa a la página siguiente